



- ◆ Trabajo realizado por la Biblioteca Digital de la Universidad CEU-San Pablo
- ◆ Me comprometo a utilizar esta copia privada sin finalidad lucrativa, para fines de investigación y docencia, de acuerdo con el art. 37 de la M.T.R.L.P.I. (Modificación del Texto Refundido de la Ley de Propiedad Intelectual del 7 julio del 2006)

## CAPÍTULO 5

### LOS OTROS PERIODISMOS

GABRIEL GALDÓN

Profesor Agregado de Teoría de la Comunicación  
y de la Información. Universidad San Pablo-CEU

Lo expuesto en los capítulos precedentes se puede sintetizar en varias «afirmaciones-resumen» o «ideas-clave» de tipo conclusivo. Entre ellas que **el periodismo objetivista impide el saber sobre la realidad y, por tanto, el esfuerzo documental imprescindible para el logro de ese saber.**

Pero este modo de entender el periodismo no ha sido el único. Por un lado, la praxis objetivista no se impone hasta las últimas décadas del siglo XIX, y no lo hace ni en todos los medios ni en todos los países; de ahí que, por ejemplo, en los periódicos de calidad europeos de finales del siglo XIX y principios del XX se diese un periodismo **documentado y explicativo** que, en algunos aspectos, aún no ha sido superado, aunque perdura hasta nuestros días en periódicos y revistas de calidad de ciertos países y en algunos servicios de análisis. Por otro, en los países donde nació y se desarrolló con más fuerza el objetivismo en la información, ya desde principios del siglo XX hubo quienes se percataron de que tal manera de informar no satisfacía los legítimos intereses de los lectores y de los propios redactores y, por tanto, comenzaron a plantear la necesidad de **interpretar** la información para que ésta pudiera ser digerida y entendida por el lector. A medida que el siglo avanzaba, tal idea fue cobrando fuerza e incluso nacieron fórmulas informativas concretas con esa pretensión interpretativa y explicativa. Como tal pretensión chocaba contra las ideas e intereses de los defensores a ultranza del objetivismo, se produjo un debate entre «objetivistas» e «interpretacionistas». Éstos no supieron llegar al fondo del problema debido a que no supieron zafarse de la trampa positivista. Por último, ya desde principios del siglo XX, hubo quienes se dieron cuenta de que ese tipo de periodismo no daba cuenta de los procesos de corrupción en la sociedad ni de los intereses reales de amplias capas de la población, ni de las tendencias sociales. Hubo un primer periodismo de **investigación** en este sentido, que ha continuado más tarde. Con el advenimiento de los ordenadores y de las bases de datos, y el auge de los estudios sociológicos, esa radical imposibilidad del periodismo objetivista de dar razón cabal de los procesos y tendencias sociales, así como los excesos de un periodismo de investigación muy radical y polarizado, quiso ser paliada con lo que se denominó el **periodismo de precisión**.

En este orden de cosas, veremos brevemente algunos ejemplos de aquel periodismo explicativo europeo: los primeros esfuerzos interpretativos en Norteamérica: la toma de conciencia de los límites del objetivismo y el primer desarrollo del periodismo interpretativo: el debate entre objetivistas e interpretacionistas: los límites y carencias de la interpretación: el periodismo de investigación, el periodismo de precisión y el periodismo cívico.

Otra de las afirmaciones síntesis que pueden realizarse sobre el periodismo objetivista es que **impide la libertad creativa de los informadores y, por tanto, la adecuación comunicativa a una serie de realidades**. Pues bien, también en este ámbito ha existido un periodismo creativo anterior al virus positivista, que fue realizado fundamentalmente por literatos desde los albores del periodismo moderno en el siglo XIX, y otro que surgió como reacción y remedio frente a ese virus a principios de los sesenta del pasado siglo XX y que se conoció como **Nuevo Periodismo**. También los analizaremos brevemente.

Por último, expondré algunos ejemplos actuales de un **periodismo alternativo** a la corriente dominante.

### 1. Ejemplos de periodismo documentado y explicativo de finales del siglo XIX y principios del XX en Europa

Por ceñirnos a un único país y a los casos que podrían considerarse paradigmáticos, me referiré sólo a la labor informativa del director y un grupo de periodistas del *Guardian* de Manchester y a D. M. Wallace, jefe del Departamento de Extranjero del *Times* londinense desde 1883, cuyo modo de proceder, si bien en los aspectos de utilización de la documentación tiene precedentes en norteamericanos como Nathan Hale, director del *Daily Advertiser* de Boston a partir de 1814, y Horace Greely, director del *New York Tribune* desde 1841, marcó una pauta de buen periodismo.

En su «biografía» del diario más prestigioso de Manchester, David Ayerst, al comentar las informaciones de Evans, corresponsal en los Balcanes en los problemáticos 1876-1878, escribe que «sus reportajes eran profundos, no sólo por su detallada información, sino también por comunicar la "historia subyacente"». En cuanto a la guerra de Egipto (1880-...) «fue la primera vez que *The Guardian* daba diariamente los mapas de los escenarios de la contienda. Wilkinson, ex corresponsal en Egipto, preparó 18 mapas. Hubo uno para cada manobra de interés... Trabajó sobre muchas fuentes [...] además de los atlas usuales». A mediados de 1880, Wilkinson publicó una serie de biografías y análisis sobre los generales alemanes que, años más tarde, fueron calificados por el *Dictionary of natural Biography* como documentación de singular interés.

En aquella década, era habitual que el director del periódico reuniera al equipo de redactores cada mañana. Después de señalar las pautas para seleccionar los temas y fijar el editorial, distribuía el trabajo: «... Los miembros de la redacción se dedicarían a escribir uno o más editoriales cortos, ocuparse de las semblanzas necrológicas, escribir recensiones o críticas teatrales, preparar colaboraciones ajenas para su publicación, o bien ponerse al día en sus materias específicas. Arnold, uno de los redactores jefes, por ejemplo, leía gran número de periódicos y revistas extranjeras. Su despacho era digno de mención por su amplia estantería llena de casilleros donde guardaba una meticulosa colección de recortes.»

Por esas mismas fechas, D. M. Wallace fue nombrado jefe del Departamento de Extranjero del *Times* londinense. Wallace lo desarrolló bajo las premisas de lograr una información

más amplia y profunda. Y, entre otras medidas, fundó el servicio de documentación, al que daba enorme importancia. Los autores de la *History of the Times* ponen de relieve que esta labor de Wallace significó un avance espectacular en la estructura del periódico y en el desarrollo de su labor informativa, precisando que ese desarrollo se debió a la concepción informativa del jefe del departamento, a su «interés por recopilar detalles que pudieran arrojar luz sobre un hecho», a su «mente reflexiva», a «su preocupación por el pasado para explicar el presente», a «su pasión por la verdad», y a que «supo estudiar la audiencia para ver la mejor forma de servirla».

También fue proverbial su sentido histórico y el que considerara que se debía informar no sólo de los hechos o acontecimientos más o menos aislados, sino también de las relaciones entre los hechos y las ideas. Una muestra ejemplar de información documentada son sus trabajos de 1907 acerca de las controversias entre mencheviques y bolcheviques, ilustrados con referencias y extractos de obras de Lenin y Martov, así como una compilación de los discursos más significativos de los diversos líderes; la utilización de los periódicos rusos como fuente, etc.

Ese profundo sentido informativo no era exclusivo del director del departamento sino que, en mayor o menor medida, fue asumido y puesto en práctica por todo el equipo de corresponsales; de modo especial por Steed, el hombre de confianza de Wallace. Valga como prueba del sentido de la información de Steed el informe que realizó con motivo de la anexión de Austria-Hungría en 1909: un estudio profundo, de siete mil palabras, bajo el título «The Passing of the "Status Quo"», publicado el 11 de agosto, que pasaba revista a todo los antecedentes y a las consecuencias de la anexión. Steed (que sería, a partir de febrero de 1919, director de *The Times*) fue uno de los principales artífices del excelente tratamiento informativo que hizo el diario londinense de la Primera Guerra Mundial y que —editado posteriormente como libro bajo el título de *History of the War*— ha sido una fuente documental de primer orden para muchos historiadores.

El tratamiento documental y explicativo de la información no se ceñía sólo a los asuntos internacionales. También se puede observar el interés por entroncar el pasado y el presente y prever las consecuencias futuras, sobre todo en los editoriales; la meticulosidad en la verificación de los datos en todo tipo de noticias; las excelentes síntesis biográficas que se hacían en los *obituaries*...

## 2. Primeros esfuerzos interpretativos en el periodismo norteamericano

No sólo en el Departamento de Extranjero de *The Times* se le dio importancia al servicio de documentación. En Norteamérica había unos 30 diarios que lo poseían antes de 1900. Entre esta fecha y 1914 se duplicó la cifra. Por esta razón, la Primera Gran Guerra además de suponer el primer desencadenamiento de la necesidad de interpretación fue el primer acontecimiento que fue «interpretado» por una serie de periódicos. En efecto, ya antes de la guerra hubo algunos directores o editorialistas que vieron la importancia del servicio de documentación como fuente para los análisis editoriales, e incluso se había hablado de «interpretación».

Nathan, en un artículo escrito en 1910, escribe: «La importancia que los periodistas conceden al servicio de documentación se ve con claridad en la respuesta de un director a un japonés que le había preguntado cuál era el elemento más importante del tópico "poder de la prensa". «Aquí está la respuesta», dijo el director, mientras le llevaba al archivo. «El periódico mantiene sus dedos en el pasado y sus ojos en el futuro.» En la noticia «muerta» quedan

pistas tan importantes del futuro como explicaciones del pasado, y un documento indeleble que sirve de guía para que las opiniones del experto director estén bien encaminadas.

T. Blake, director editorialista del *Chicago Tribune* en las primeras décadas del siglo xx decía: «Lejos de abolir la necesidad del editorial, el aumento de las noticias lo ha confirmado [...] Las noticias estimulan. La información es el precipitado flujo cotidiano en el que nos sumergimos o bañamos. Nos afecta visiblemente en muchos puntos y, debido a su complejidad y a su inevitable parcialidad, la interpretación es más necesaria que nunca.»

Posteriormente, con la Primera Guerra Mundial se produjeron unos cambios de actitud que incidieron plenamente en la ampliación de las funciones documentales y, en especial, en el inicio de la labor interpretativa por parte de más redactores y editorialistas. Sin embargo, la generalización práctica y la fundamentación teórica de la interpretación no llegará hasta décadas después, cuando otros factores hicieron más patente aún su necesidad.

### 3. La toma de conciencia de los límites del objetivismo y el primer desarrollo del periodismo interpretativo

A medida que el siglo xx avanzaba, cada vez más directores e informadores se van percatando de que los modos informativos del periodismo objetivista son cada vez menos adecuados para hacer que la audiencia comprendiera los acontecimientos. Como apunta Mott, «el hecho exacto y escueto no bastaba para hacer inteligible la compleja situación mundial». Ante esta situación, señala Lippmann, comienzan las informaciones más orientadas al análisis que a los hechos escuetos. «Nadie intentó conscientemente este desarrollo de los periódicos. Se produjo de forma gradual, como consecuencia de los problemas y errores acumulados a lo largo de una generación [...]. Se puede afirmar que el punto neurálgico del cambio estuvo en la Gran Depresión de 1929, y en las revoluciones y guerras que la siguieron.»

Para Emery, el nacimiento de la información interpretativa fue el acontecimiento más importante de la década de los treinta y los cuarenta. La documentación apropiada sobre los acontecimientos (*Proper Backgrounding of News events*) y el tratamiento especializado de las áreas más importantes de la actividad humana, ya se practicaba antes de esa época, y también continuó el tratamiento sensacionalista y superficial de las noticias. Pero el impacto de la revolución política, económica y social de los años del **New Deal**, el nacimiento de la tecnología científica moderna, el incremento de la interdependencia de los grupos económicos, y la conversión del mundo en un escenario único para las fuerzas políticas, obligó a buscar un nuevo modo de informar. El «por qué» se hizo importante (junto con el tradicional «quién hizo qué»), porque el lector, más que nunca, quería y necesitaba saber el significado de las noticias.

Ante esta realidad, los directores de periódicos comenzaron, durante los últimos años de los veinte y principios de los treinta, a percatarse poco a poco de la necesidad de presentar más documentación (*background*) —el contexto del que el acontecimiento es sólo una parte— como un complemento necesario de la información diaria. En 1933, la **Sociedad Americana de Directores de Periódicos** aprobó una resolución que urgía a los directores «a dedicar atención y espacio a la información explicativa e interpretativa y a presentar una documentación informativa (*background of information*) que capacite al lector medio del modo más adecuado para entender el significado de los acontecimientos».

Los contenidos de los periódicos se hicieron más interpretativos, con uso de recursos tipográficos para indicar las inserciones de documentación en las informaciones —*background*

*information in the news*—. A finales de los treinta aparecieron artículos y libros que pedían urgentemente la documentación de las noticias (*backgrounding of the News*), y la capacitación adecuada de los informadores, abandonando los viejos usos y formas de comunicación caducas.

En esta época aparecieron también fórmulas periodísticas que sirvieron para ampliar las funciones informativas y, por tanto, las documentales. Nacieron como consecuencia de la necesidad de informar de tal modo que el lector comprendiera y entendiera los acontecimientos. Dos de estas formas fueron el *newsmagazine* y el dominical documentado.

A Hadden y Luce, dos periodistas que, tras trabajar en varios periódicos, habían coincidido en 1921 en el vespertino *Daily News* de Nueva York, les preocupaba una idea que a menudo comentaban entre ellos. «Nos preguntábamos —comenta Luce— por qué con buenos periódicos y *magazines* la gente no está suficientemente informada. La idea, entonces, fue ver si podíamos organizar las noticias, compartimentándolas con algún sentido de continuidad.»

Se habían percatado de la necesidad de seguir con lógica y orden el desarrollo de los acontecimientos. Esta dimensión temporal y este orden no lo suministraban los periódicos diarios, ni lo podían hacer por su propia estructura. «Pero el gran tema —sigue Luce— era simplificar a través de una ordenación, condensar y poner las noticias de siete días en una sola crónica.» Estuvieron estudiando ese objetivo bastante tiempo. Al regresar del trabajo, por la tarde, recortaban el *New York Times* del día, e intentaban clasificar los recortes por secciones, pues «en el plan original del *Time*, Luce y Hadden pensaron que todo el material bruto podrían encontrarlo en los periódicos y libros de referencia». En 1923 logran los recursos económicos para lanzar el primer ejemplar, con un reducido equipo de redactores que incluía «secretarías asistentes», conocidas informalmente como «las verificadoras», título que más tarde alcanzó la dignidad de «investigadoras».

*Time* fue creciendo y lógicamente también su servicio de documentación. A principios de los treinta tenían corresponsales y recibían servicios de agencias, pero su principal fuente era el servicio de documentación que contaba con una elevada cantidad de recortes clasificados y libros de referencia. La «investigadoras» comenzaron a «buscar hechos adicionales y a completar las informaciones con antecedentes».

Si la pretensión de los fundadores del *Time* era informar bien, «haciendo que los hechos, la asociación de hechos y la correlación de hechos, se introduzcan en la mente del lector», había que pensar no sólo en organizar las noticias de la semana, sino en profundizar más. Ya antes de 1930 hubo muchos ejemplos de «documentación histórica» en la revista, pero el modo informativo del nuevo medio se consolidó bajo la idea de narrar «un suceso con sus antecedentes y dentro de su contexto, uniéndolo de forma coherente».

El éxito empresarial de *Time* les permitió crear un nuevo *newsmagazine*. Al describir la idea impulsora de *Fortune*, Luce decía: «Nos proponemos convertirnos en una institución nacional, quizá la mayor de todas las que se dedican a la crítica y a la interpretación. El campo que se abre ante nuestros ojos es tan inmenso y rico como el que se ofrece a cualquier empresa informativa. Tenemos guerras que registrar, estrategias que admirar, biografías que escribir [...]. La Economía es un mundo en sí mismo ante el que debemos ser críticos, historiadores, biógrafos e informadores.» *Fortune* asumió desde el principio estas funciones y, lógicamente, creó los órganos apropiados para desarrollarlas. Así, en 1937, siete años después de su fundación, el servicio de documentación contaba ya con 21 profesionales. La documentación era el modo informativo básico para alcanzar las finalidades del nuevo medio informativo creado por

Hadden y Luce. En 1938, las publicaciones de la empresa Time tenían los instrumentos adecuados para acometer en profundidad su finalidad: «interpretar el mundo».

Otro tanto ocurría con publicaciones que se habían creado bajo los mismos presupuestos que la fórmula ideada por los fundadores de *Time*. *Newsweek* nació exactamente una década más tarde que *Time*. Su fundador fue T. J. C. Martyn, un inglés que había trabajado en el *New York Times*. Llamó a la revista *News-Week* y la creó como una síntesis de las noticias de la semana. En 1937 se fundió con *Today*, una revista de asuntos públicos. Malcom Muir que pasó a ser director ese año, cambió su nombre por el de *Newsweek: The Magazine of News Significance*. Y, según Wolseley, puso especial empeño en «la documentación e interpretación de la información».

También en 1933, David Lawrence funda *U.S. News* que intentaba ser un compendio de las noticias nacionales más importantes, dándoles la perspectiva adecuada. Trece años más tarde edita *World Report*, con la misma finalidad, pero orientada a los acontecimientos internacionales. En 1948 une ambas publicaciones bajo el actual *U.S. News and World Report*. De este *news-magazine* dice Copple que «se ocupa de una forma selectiva de las noticias de la semana anterior. Se toman ciertos temas de la corriente de noticias y se las trata a fondo. Por ejemplo, si hay alguna crisis en el cercano Oriente cabe esperar que la revista, mientras la crisis sea todavía noticia, presente a sus lectores un reportaje completo de ella, y este reportaje comprenderá antecedentes y contexto, análisis e ilustraciones con mapas y gráficos atractivos».

Era la misma idea de *Time*, cuyos fundadores ampliaron con su fórmula informativa las bases de la Revolución del Periodismo interpretativo. Como fundamento necesario, extendieron el ámbito y el modo de aplicación de la documentación periodística, que encontró un marco apropiado para su desarrollo cualitativo y cuantitativo.

La otra fórmula que hemos de mencionar es el «dominical documentado». Antes de 1920, el contenido de los dominicales de los grandes periódicos norteamericanos consistía en ofrecer, además del tratamiento informativo normal de las noticias del día, un material de lectura más intemporal y de entretenimiento. A principios de los veinte, el *Cincinnati Enquirer* y el *New York Sun*, seguidos después de unos años por el *New York Times*, el *Washington Post* y otros, introdujeron síntesis informativas del fin de semana «fórmula para hacer más asequibles las noticias de la semana». Mientras que en el resto de los dominicales este resumen semanal fue concebido como una sección más, en el dominical del *New York Times*, que entonces dirigía Alfred Ochs, la nueva sección, cuyo modo informativo esencial era la documentación, fue su centro neurálgico. Meyer Berger cuenta que en marzo de 1923, cuando Ochs nombró a Lester Markel director del dominical, hablaron sobre las ideas generales para reorganizarlo sobre nuevas coordenadas. Su finalidad sería aclarar la vaguedad que dejaba en la mente del lector el modo desconexo en que el flujir de las noticias diarias le llegaba. Y su estructura debería tener tres elementos: primero, las noticias del día, incluidas en las secciones correspondientes; segundo, la documentación de las noticias de la semana que se seleccionaran; tercero, la visión completa del conjunto.

La información documentada (*background information*) fue definida por los creadores de la nueva fórmula como el sentido más profundo de las noticias. Para lograr ese sentido era necesario centrar el suceso particular en el contexto de tiempo y espacio de los acontecimientos, suministrando los elementos que dan significado y dimensión al hecho escueto. Situar en el contexto y dar significado fueron los dos pilares de una tarea que tenía como meta hacer que el lector entendiera o comprendiera la realidad. Era necesaria una labor de investigación, «trabajo que viene a ser una especie de búsqueda del tesoro. Cada día, además de lo que

encontramos en el periódico diario, buscamos hechos adicionales para dar una visión global y gráfica. Gran parte de este material lo hallamos en nuestro servicio de documentación...».

Éstas fueron las ideas y modos de entender la función informativa que debía cumplir la nueva fórmula. Sin embargo, la puesta en práctica fue paulatina. De 1923 a 1935 el interés se centró en dar en las diversas secciones informativas tradicionales, aquel material retrospectivo y de antecedentes que no se había podido incluir en el diario, «adhiriéndose al principio de que sus artículos debían pisar los talones de las crónicas diarias, completándolas».

Pero hasta el número del 25-1-1935 no hubo una sección fija con esta finalidad, ni se ordenaron equipos y medios humanos para realizarla. A la sección se la denominó «The News of the Week in Review» y pronto fue la más importante del dominical. Su aparición coincidió con un período de alza de la tensión mundial. Cuando Hitler inició una serie de maniobras los fines de semana, los directores e informadores de la sección recién estrenada echaron por la borda todo el material que habían preparado durante la semana y comenzaron a reunir y coordinar documentación viva y material interpretativo sobre el tema que había alterado la situación. Éste fue un buen entrenamiento que afiló de modo agudísimo las armas del equipo de redactores. El entrenamiento dio sus frutos, tanto que 1936 el entonces editor del *New York Times*, Sulzberger, vendió *Current History*, publicación mensual de la editora del periódico, pues en palabras de Berger, «las secciones del dominical la habían hecho obsoleta. Éste era un medio más adecuado para la documentación e interpretación de las noticias». Como recordaría años más tarde Markel, Arthur Sulzberger se empeñó de lleno e impulsó la implantación del concepto de interpretación de las noticias. Los hechos se hicieron tan complejos que, para entenderlos, era imprescindible dar su significado. Y «éste fue posiblemente el cambio más significativo en el periodismo norteamericano desde el inicio del siglo».

El período de Sulzberger vio también el comienzo de otro importante desarrollo en el periódico: la evolución de la "información entramada": artículos que tienen que ver no tanto con el goteo diario de noticias como con las materias que tienen mayor vigencia. El tratamiento informativo se amplió considerablemente en este momento: el elemento vital de interpretación se extendió al diario [...]. Arthur Sulzberger estaba muy interesado en el desarrollo del dominical. El concepto de noticia se amplió para incluir la información sobre aquellos asuntos que los hombres estaban pensando y los que estaban haciendo...

Como hemos visto, las ideas acerca de la necesidad de interpretar los acontecimientos, de documentar la información para que el público entendiera la realidad, no sólo habían crecido en extensión y profundidad sino que habían dado origen a nuevas fórmulas informativas. Sin embargo, en palabras de Hohenberg, «fueron relativamente pocos los periódicos que cambiaron sus técnicas profesionales antes de verse sometidos a la prueba, aún más grande, de la Segunda Guerra Mundial» [...]. Aunque «desde hace mucho tiempo los sagaces directores de periódicos llegaron a la conclusión de que la falta de comprensión fundamental por parte del público era una de las principales razones del interés decreciente en leer las noticias, sólo desde la Segunda Guerra Mundial ha tenido aceptación general en el periodismo la interpretación de las noticias». Con Hohemberg coinciden otros autores.

La incidencia de la guerra en la aceptación de la interpretación fue tal que en 1943, incluso la **Associated Press**, que como agencia informativa había mantenido a ultranza la política de informar sólo de los hechos escuetos, lineales, y era, en palabra de Roshco «paradigma de la objetividad pasiva», reconoció que necesitaba poner al día su modo de informar.



Kent Cooper, director general de la agencia, dictó un memorándum al equipo de redactores pidiéndoles una «información directa y completamente objetiva que escarbara bajo la superficie y contara la verdadera historia».

Es en estos años cuando se premia públicamente por vez primera el esfuerzo documental. En 1940, Otto D. Tolischus, corresponsal en Berlín del *New York Times* recibió el Premio Pulitzer «por sus artículos explicando los antecedentes económicos e ideológicos de la guerra trabada por Alemania». Y en 1941 este mismo periódico obtuvo una mención especial «por el valor, para la educación pública, de su información sobre los países extranjeros, concretada en su gran ámbito de acción, en su narración y presentación excelentes, y en su documentación complementaria».

A partir de la Segunda Guerra Mundial, la idea de que la información interpretativa satisfacía las necesidades del lector fue progresivamente asimilada y puesta en práctica por un número cada vez mayor de profesionales de la información. En la sección antes mencionada del dominical de *The New York Times* llegó a ser pauta de conducta para todo el equipo informativo, cuyos miembros más destacados comenzaron a equiparar la función informativa a la educadora, por entender que su labor era interpretar, sopesar y explicar la historia cotidiana. También *Time*, *Fortune* y *U.S. News and World Report* pusieron los medios para mejorar los aspectos documentales y conseguir una información más interpretativa.

Sin embargo, la interpretación no se entendía de manera unívoca. La mentalidad positivista veía el peligro de que se convirtiera en una especie de carta blanca para «editorializar» informaciones. Además, el hecho de que muchos directores e informadores siguieran aferrados a un concepto rígido de objetividad, entendida como un suministro exclusivo de hechos en forma lineal y escueta, produjo resistencia a aceptar ese nuevo modo de informar. Había que cambiar el concepto de objetividad y delimitar, a su vez, el concepto de interpretación.

#### 4. El debate objetivismo contra interpretación (o viceversa)

Muchas voces se levantaron en defensa de la nueva orientación informativa. La primera llamada oficial hacia un cambio partió de la «Commission on Freedom of the Press» que, en 1947, animaba a los periódicos para que ofrecieran al público «una información verdadera, completa y clara de los acontecimientos del día en un contexto que mostrara su pleno significado».

Al mismo tiempo se buscaba una definición de objetividad en la información que permitiera a los informadores más finura intelectual al suministrar una documentación exacta, capaz de reflejar todas las implicaciones que rodeaban a la noticia. Este interés un tanto revisionista queda expresado en el título de un breve estudio que, en 1950, se publicó en *Nieman Reports*: «Reporting "background": You can interpret and Still Remain Objectivity». Es decir: mediante la documentación, el informador puede interpretar y, a la vez, ser objetivo. Era ya la vieja idea de Markel. En la primavera de 1951, la primera página del *Christian Science Monitor* fue marco de una serie de discusiones sobre esta materia. En abril, Erwin D. Canham, el director, llegaba a la siguiente conclusión: «Esta función interpretativa no necesita acarrear más opinión editorial que la que se da cuando un director decide imprimir una noticia y no otra. Pero la interpretación requiere integridad, conocimiento y entendimiento, contrapeso e imparcialidad. Es un problema que los periódicos pueden solventar en su larga marcha por alcanzar una constante objetividad informativa y una interpretación honesta.»

De ahí que la interpretación se debiera insertar, según Elmer Davis, «no en las columnas de comentario, ni en la página editorial, sino en las páginas informativas». Y esto era así hasta el punto de que según señala Mott en 1952, «los propios directores de las agencias informativas piensan que es obligación del buen informador bucear bajo la superficie del hecho público o exponer los significados más profundos».

El debate produjo la confirmación de la necesidad de interpretar si se quería dar visión completa y tratamiento profundo. Por otra parte, la interpretación era información siempre que tuviera como fundamento la documentación. De ahí que, para evitar el peligro de la editorialización, esas mismas voces sugirieran la necesidad de investigar y verificar: es decir, que se definiera la interpretación como obligada consecuencia de la tarea de documentación. Sin embargo, esta tarea requiere medios adecuados y cambio de mentalidad. Como afirma Roshco, «para la mayoría de los informadores es más seguro, y más fácil, seguir las normas tradicionales ceñidas a la actualidad de la información no interpretativa. Además, como la mayor parte de los directores sólo les permiten realizar su función al estilo convencional, y les asignan cada día un cometido que deben cumplir en unas horas, no les es asequible realizarla de otro modo». Esta dificultad práctica es uno de los elementos clave a la hora de entender por qué muchos directores siguieron aferrados a lo que en 1953 *Time* llamó «el fetiche de la objetividad».

Pero no era tan sólo una cuestión de dificultad práctica sino de cerrazón mental y apego a unas fórmulas que venían bien para el mantenimiento del *status quo*. De ahí que no se entendieran o no se quisiera entender lo que por estas fechas escribiera el periodista Eric Sevareid:

Nuestra rígida fórmula de la tan mal llamada objetividad [...] el manejo unidimensional de las noticias, ha dado a la mentira la misma importancia e impacto que a la verdad: ha elevado la influencia de los idiotas al nivel de la de los sabios; la del ignorante a la del educado; la del mal al nivel del bien.

Por esas y otras razones, la generalización de la interpretación no ha sido tan grande como podría suponerse. Incluso a partir de los sesenta y setenta y, sobre todo, en los últimos años, ha habido un retroceso.

## 5. Los fundamentos de la interpretación y sus carencias

Y se ha producido este retroceso en la generalización de la información interpretativa (que no ha logrado sustituir al periodismo objetivista a ultranza sino que, a lo más, coexiste con él en determinados medios de calidad) porque, además de esas razones prácticas que acabamos de mencionar, los propios defensores del periodismo interpretativo no han sabido o no han podido fundamentar la interpretación desde presupuestos conceptuales o doctrinales distintos a los ya existentes. Es decir, han continuado dentro del marco ideológico del positivismo y, por tanto, no han dispuesto de la gnoseología y epistemología necesarias para superar la profunda dicotomía entre «hechos» y «valores» ni la consiguiente dialéctica subjetividad-objetividad.

Junto a las afirmaciones ya recogidas, en las que se observa con claridad que se trata de una reforma del objetivismo y no de una ruptura con sus planteamientos de fondo, parece conveniente analizar algo más detenidamente estos extremos, fijándonos en las explicaciones de la interpretación que han hecho los teóricos más conocidos.

El más completo y el más citado es el propio Lester Markel. En una conferencia en el Instituto Internacional de Prensa resumía así el concepto de interpretación:

La interpretación es lo que da sentido al hecho escueto; por mor de la interpretación, los hechos se insertan en el marco general de una situación: En síntesis, la interpretación es lo que proporciona relieve a los hechos, los sitúa en un contexto y, por encima de todo, revela su significación.

Dicho esto así, parece claro que para realizar tal tarea de interpretar hay que valorar, juzgar, reflexionar... Y que se trata, porque no puede ser de otra forma, de un comentario subjetivo sobre una realidad objetiva acerca de la que se ha hecho un loable esfuerzo por conocerla, entenderla y explicarla. Es decir, el modo natural y racional de conocer e informar. Pero es tal el peso del positivismo y, por ende, del objetivismo que, inmediatamente, surgen los pudores... Pero ¿no será eso editorialización? ¿Cuál es entonces la diferencia entre información y opinión? Con lo que sienten la necesidad de diferenciar entre información, interpretación y opinión, y es —en ese momento— donde comienzan las vacilaciones.

En esa misma conferencia, significativamente al comienzo de la misma —ya que Markel era consciente de estos recelos— el famoso ponente se sintió en la obligación de poner un ejemplo paradigmático de esa diferencias entre información, interpretación y opinión:

Relatar que el Kremlin lanza una ofensiva de paz es una «información» (o noticia directa). Explicar por qué el Kremlin se comporta así en este momento es una «interpretación». Decir que toda oferta de paz del Kremlin debe ser categóricamente rechazada, es expresión de una «opinión».

Este ejemplo puesto por Markel es recogido por la mayor parte de los manuales de periodismo. Pero, en vez de criticar sus evidentes fisuras lógicas, es aceptado acríticamente como paradigmático y conclusivo. De tal modo que ha servido como punto de arranque para que se hable de la existencia de géneros informativos, géneros interpretativos y géneros de opinión; y de noticias puras, crónicas interpretativas y comentarios editoriales.

La crítica que se puede hacer del ejemplo es la siguiente: Relatar que el Kremlin lanza una ofensiva de paz es desinformación. Ya que no nos dice en qué consiste esa ofensiva y qué entiende el Kremlin por «paz» —ya entonces se sabía y hoy más aún que su significado era muy distinto al que entendían por la misma palabra los lectores occidentales, por lo que no hacer la «traducción» equivale a obligar a los lectores al error y a errar y, por ende, suponía un servicio a la propaganda soviética—. Explicar por qué se comporta así el Kremlin puede ser una buena información si se dice y explica convenientemente, conforme a la verdad y a la razón dicho comportamiento. Y puede ser una información falsa, aunque más ampliada, si no se logra dar con el «quid» de la cuestión y se hace ver que sí se ha dado. O puede ser una opinión fundada si se da como explicación documentada, haciendo ver que es una de las probables. Decir que toda oferta de paz debe categóricamente ser rechazada puede ser una opinión fundada y plausible si está basada en una información veraz y en una reflexión ponderada o puede ser una opinión infundada si no está basada en dichos presupuestos.

Sea como fuere, lo que parece evidente es que los presupuestos gnoseológicos reduccionistas e insuficientes del periodismo objetivista han obligado a los teóricos de la información a

realizar verdaderos saltos mortales en el vacío para hacer unas distinciones que, si bien existen, no son tan nítidas ni claras ni fundamentales como dichos autores han querido poner de relieve.

Lo que sí se ha puesto de relieve son las contradicciones en que estos autores incurrirán al realizar tales distingos. Como no se trata de hacer un análisis exhaustivo, me limitaré a recoger las de los planteamientos de dos de los autores más citados en nuestro contexto geográfocultural.

Fagoaga, tras establecer la típica y tópica distinción entre información, interpretación y opinión, explica que el informador, al elaborar su mensaje interpretativo, utiliza como métodos el «análisis», o presentación de antecedentes y elementos de situación o contexto, y la «valoración» o explicación personal subjetiva de lo que cree que significa la noticia. En sus propias palabras, «el análisis sería una explicación objetiva basada en el conocimiento a fondo de una situación, y la valoración, por el contrario, sería un juicio subjetivo». Pero poco después afirma que «la valoración está implícita en la lógica de datos explicativos (análisis) que no es más que el resultado de haber partido de un determinado *background*». Más adelante insiste en que valorar no es editorializar.

Ante tales «explicaciones» cualquier persona que no parta de la necesidad de justificar el prejuicio objetivista, o, dicho de otra forma, no considere un «tabú» reconocer el hecho natural de que todo conocimiento humano es, de por sí, subjetivo (del sujeto cognoscente que busca conocer el objeto y que llegará a la verdad posible sobre el mismo en la medida en que la adecuación entre su inteligencia y la cosa sea mayor) se sentirá enormemente perplejo. ¿Cómo es posible que pueda existir un análisis objetivo? ¿Puede existir análisis sin valoración? ¿Pueden entrar los datos y el contexto en la mente del informador sin que éste ponga nada de su parte? ¿Quién le abre la cabeza? ¿Se divide la valoración en implícita y explícita? ¿De qué modo? ¿Acaso no es siempre hecha la valoración por un sujeto valorante? ¿Por qué una opinión no puede ser una valoración que coincida con la realidad de los acontecimientos? ¿Por qué hay que sospechar de entrada de cualquier opinión?...

Por otro lado, como lo que se busca con tales distinciones es también la justificación de la impersonalidad del relato interpretativo, si bien la propia Fagoaga, tras realizarlas, no tiene más remedio que reconocer la imposibilidad de alcanzarla de modo absoluto tanto cuando se analiza como cuando se valora, puede darse otra explicación de esas paradojas. Como acertadamente ha escrito González Gaitano:

No debe confundirse «impersonalidad en el relato» con objetividad informativa. La objetividad ni es, ni puede reducirse a una técnica de estilo, a modo de subterfugio que oculta al narrador. Tampoco la «mayor presencia» del sujeto que hace la información, a través de la comparecencia del narrador, implica necesariamente más «subjetividad», entendida no como algo relativo a un sujeto sino como subjetivismo.

Otro autor que sirve de paradigma para ver cómo los teóricos —a causa de sus prejuicios objetivistas— han frenado y deslucido ese buen hallazgo práctico de la interpretación periodística es Martín Vivaldi. Su intento por diferenciarla de la «opinión» hace de la interpretación una información más ampliada, exhaustiva, que pretende ser ajena a la valoración: «El reportaje profundo —explica— debe también “interpretar” los hechos. Ahora bien, esta interpretación, propia del gran reportaje, no es la interpretación valorativa —la opinión— propia de la crónica o del artículo de tesis.» La interpretación, por tanto, queda reducida a cantidad de información, consiste en «dar los antecedentes del hecho y sus probables consecuencias... en resumen: dar

antecedentes es apurar la casuística para que el lector tenga una visión lo más completa posible del hecho o suceso. Pero —insistimos— interpretar, en el reportaje, no puede ser nunca opinar».

Además de parecer claro que cantidad y calidad informativas no son realidades idénticas: que no siempre, ni la mayor parte de las veces, a mayor cantidad va unida una mayor calidad; que una información completa no significa, ni con mucho, «apurar la casuística»; etc., una concepción cuantitativista de esta índole puede —como de hecho así ha sucedido en la práctica— servir de excusa para no realizar un estudio reflexivo sobre la realidad que conduzca a una síntesis válida sobre el hecho y su significado. Con lo que se traiciona el origen y motivo de la propia interpretación en nombre de la interpretación.

Por otro lado, entender la interpretación como un asunto de cantidad o exhaustividad, ha supuesto también dar a los empresarios de prensa y directores serviles una buena excusa para no permitir ningún tipo de interpretación, alegando poderosas y lógicas razones de falta de espacio y de tiempo.

Esta traición de los «teóricos puros», inflados de un objetivismo acrítico y dogmático, si bien ha frenado —también por su influencia docente— el desarrollo lógico de la interpretación y su mayor generalización, no ha sido obstáculo para que en la práctica se hayan producido y se produzcan diariamente —si bien en muchos menos medios y en menor proporción de lo que sería deseable— informaciones interpretativas de calidad que responden a las exigencias de los informadores y del público.

Pero también en los propios informadores pesan demasiado, como ya vimos, los clichés objetivistas, aunque se les deje mayor libertad, tiempo y espacio para hacer un periodismo interpretativo. Hay un miedo a comprometerse, a expresar los propios juicios, fundamentándolos convenientemente. Por eso, entre otras «técnicas», se recurre a las citas como cobertura de una apariencia de objetividad, en determinadas crónicas supuestamente interpretativas. Aunque el propio *Time-style* abusa de las citas, uno de sus más veteranos y mejores redactores, Michael Kinsley, criticó hace diez años este proceder muy generalizado, en las propias páginas de ese *newsmagazine*. Merece la pena reproducir su artículo casi por completo:

Durante las últimas elecciones me llamó un periodista de la televisión para decir que quería entrevistarme. Sorprendido —él sabe de política mucho más que yo— y halagado, acepté. Se presentó en mi oficina, dispuso luces y cámara, y me preguntó: «Mike, ¿se podría decir que...?», y comenzó a enunciar cierta teoría sobre el curso de la campaña.

Yo (deseoso de agradar): ¡Sí señor! Tienes toda la razón. No se me había ocurrido.

El (malhumorado): No. ¿Es eso lo que dirías tú?

¡Ah! Entonces, no buscaba mi sabiduría. Tan sólo quería una cita. Según las convenciones del periodismo, sus intuiciones no le servían de nada mientras no encontrara a algún otro que las pronunciara. Esto confería a su hallazgo cierta espúrea autoridad que le absolvería de cualquier sospecha de incurrir en preferencias o fobias personales.

En cierto modo, el periodismo estadounidense se ha merecido el proceso «Masson contra New Yorker Magazine Inc.» a causa de su veneración por la cita. El caso está ahora en el Tribunal Supremo. [...] El psiquiatra Jeffrey Masson fue objeto de un perfil elaborado por Janet Malcolm para el *New Yorker*. Masson sostiene que Malcolm le difamó poniendo en su boca palabras que él nunca dijo. Malcolm niega haber inventado citas, pero a la vez invoca un derecho constitucional para hacerlo. [...]

El mito es pensar que por apoyarse tanto sobre citas aparentemente literales, el periodista funciona como un cristal transparente a través del cual el lector puede ver el asunto en su íntegra y verdadera realidad. [...]

Las revistas de actualidad se apoyan mucho en las citas por otros motivos también. A cada momento, el redactor quiere abrir comillas y largar una cita que dé un toque de colorido y autoridad. Colorido y autoridad que muchas veces ocupan más espacio que el asunto mismo: «Irak no se convertirá en una pesadilla», dice el teniente coronel retirado William Finnegan, actualmente consejero del Centro para la Guerra, las Epidemias, el Hambre y la Muerte, con sede en Washington.

Los diarios atesoran citas de «gente corriente», buscando más la autenticidad que la autoridad. Se piensa que una costosa encuesta realizada según las mejores técnicas tendrá mayor credibilidad si se encuentra a uno de los 250 millones de ciudadanos para que repita en lenguaje llano los resultados obtenidos: «El 70 % de los americanos menciona la inflación entre sus cinco preocupaciones principales.» «Los precios se están poniendo por las nubes», dice Judy Draper, de 38 años, procesadora de datos y madre de tres hijos, vecina de Molina (Missouri).

En el extremo opuesto, un corresponsal en el extranjero que estuvo a mis órdenes trenzaba complicadas historias de intriga internacional, para terminar cada delirante párrafo con el conjuro ritual: «... según las fuentes consultadas». Pensaba que el mero hecho de declarar que tenía «fuentes» —sin decir cuáles eran— despejaba las sospechas de que todo podía ser un invento suyo.

Quizá lo que el periodismo necesita no son mejores citas, sino menos. El caso Masson nos recuerda que la exactitud y la profundidad de un artículo periodístico dependen necesariamente de las observaciones y conclusiones personales de su propio autor. [...] Con frecuencia es más eficaz —por no decir más honrado— expresar las propias opiniones claramente».

Claro. Pero para hacer eso hay que reconocer la realidad de las cosas, sin subterfugios ni escapismos. Por ello tiene especial relevancia que haya informadores e investigadores a la vez que, cuando escriben sobre la interpretación, lo hagan de modo más verdadero, es decir, más real, y en consonancia con el sentir de los primeros mentores del periodismo explicativo y de la interpretación. Tal es el caso de John Muller, quien, tras abandonar las vacilaciones y titubeos con los que se enfrenta al analizar las posturas de los diversos autores y comenzar a hablar desligado de aquellos prejuicios, afirma que el periodista que practica la interpretación no es «un narrador fantasioso ni un simple recolector de antecedentes. Es un verdadero cronista de nuestro tiempo que reflexivamente pretende descifrar la secreta armonía de los hechos.

A renglón seguido, el periodista chileno afincado en nuestro país escribe que

todo el trabajo que conduce a la interpretación está marcado por una actitud reflexiva del periodista, la cual se pone en marcha desde el mismo momento en que aborda un tema. Los criterios de selección y jerarquización son herramientas que ayudan a desbrozar el camino de la interpretación. La actitud reflexiva se muestra cuando el profesional se enfrenta a los hechos, las opiniones y sus propias observaciones. Confronta los datos en distintas fuentes. Aclara los puntos que aparecen difusos y va escogiendo los elementos útiles para configurar la interpretación. Esta actitud también se revela a la hora de plasmar la interpretación en palabras...

De ahí que concluya que «la crónica interpretativa no es una simple enumeración cronológica ni un cúmulo de datos y declaraciones. Es algo más que eso. Hay en ella una puesta en común de diversos elementos que sumados con el aporte intelectual del periodista pretende construir un reflejo de la realidad». Y que para realizarla hay que contar, desde el principio, con un elemento imprescindible y fundamental: la documentación.

Y aquí encontramos otra de las razones por las cuales el periodismo interpretativo no se ha generalizado suficientemente y sigue perdurando un objetivismo ramplón: en el insufi-

ciente desarrollo de la documentación y/o en su escaso o limitado uso por parte de los informadores. Lo cual, por otra parte, representa un círculo vicioso. Por lo que hace referencia a la plena proyección de la documentación a la hora de elaborar la información periodística, aún hay mucho terreno por andar, debido —entre otros factores— a esos reduccionismos teóricos del concepto de interpretación, causados a su vez por la pervivencia de las actitudes objetivistas. Entre otros muchos ejemplos de cómo estas actitudes reducen significativamente la potencia enriquecedora de la documentación en periodismo, cabe exponer que: *a)* el cuantitativismo ha conducido a considerar que al añadir una cronología de los acontecimientos similares, u otras declaraciones de contraste, ya se está documentando la noticia, sin que nadie se moleste en hacer una síntesis significativa; *b)* la falta de valoración crítica lleva a entender que la función verificadora de la documentación se refiere sólo a cuestiones formales y semánticas y no a indagar sobre la verdad misma o sobre el significado del acontecimiento; *c)* la falta de libertad creativa del informador implica la no actualización de la función modelístico-narrativa. Y es que, siguiendo el hilo de este último punto, otra de las carencias de la interpretación ha sido la de seguir constriñendo la creatividad del narrador... Junto a seguir centrándose en los acontecimientos aislados, sin prestar excesiva atención a las tendencias sociales, ni a las investigaciones de largo alcance. Este hueco lo han intentado llenar varias corrientes periodísticas...

## 6. Periodismo de investigación, periodismo de precisión

La primera de ellas es la que bastante después de su aparición fue denominada periodismo de investigación y que data, aunque haya precedentes individuales muy anteriores, de la década de 1880 tanto en Inglaterra como en Estados Unidos.

En efecto, W. T. Stead, director del *Pall Mall Gazette* londinense desde 1883, inició y fomentó en su periódico la defensa de causas a las que nadie prestaba atención, mediante una investigación propia, rastreando en los diversos estratos de la sociedad. Las crónicas tenían un estilo vivo, lleno de narraciones en lenguaje coloquial de escenas cotidianas de la sociedad marginal y marginada. Otros periódicos compitieron con el *Pall Mall Gazette* en esta labor que fue calificada, en la propia época, de «New Journalism», primero, y de *muckracker*, rastreo de basura, poco después.

También, a partir de 1880, los periódicos de los grandes magnates norteamericanos van a producir una gran concentración de informaciones de denuncias y de investigaciones periodísticas. Otros *muckrakers* fueron un grupo de periodistas norteamericanos que entre 1903 y 1910 se aglutinaron en torno al semanario *Collier's*. Su objetivo principal era desvelar la corrupción y los trapos sucios de los centros de poder norteamericanos: la Administración, las fuerzas armadas y las grandes corporaciones industriales y financieras. Se intentó un periodismo de investigación serio y riguroso pero que tenía muchos riesgos, y acabó pronto. Sin embargo, su influencia se ha dejado sentir, en diverso grado y medida en el Nuevo Periodismo posterior; en el renacimiento del periodismo de investigación en la década de los setenta en Norteamérica, con el caso Watergate como hito; en el de la década de los noventa en España y en epígonos aislados como Gunter Waltraf, «El Periodista indeseable».

Con matices en cada una de las etapas, podemos sintetizar los rasgos prominentes de este tipo de periodismo en los siguientes: *a)* espíritu de denuncia de los abusos de autoridad de los poderes constituidos; combinación de informaciones en ese sentido con campañas sistemáticas

en pro de determinadas reformas; un sentido aparentemente indiscriminado en la búsqueda de escándalos de corrupción, husmeando en todos los ámbitos (empresa, religión, política...) pero casi siempre del sector opuesto a la ideología del propio medio y en muchos casos claramente partidista; empleo de la autopropaganda en la presentación de los resultados de la investigación y de una tipografía y un tono sensacionalistas; método de investigación personal, dependiente del encuentro fortuito de fuentes orales secretas, imposibles de verificar muchas veces, y de documentos ocultados u ocultos, cuya obtención deja lugar a dudas sobre la licitud del proceso de investigación...

No es de extrañar, por tanto, que este tipo de periodismo haya sufrido parones y que siempre haya estado bajo sospecha. Pero como la investigación es, en sí, como ya vimos, uno de los componentes esenciales de cualquier información cabal, es lógico que su empleo sistemático también haya producido excelentes ejemplos aislados de buen periodismo al servicio de la sociedad, frente a las carencias del periodismo objetivista...

Casualmente, el mismo ejemplo paradigmático que nos sirvió para describir una de esas fatales deficiencias del objetivismo (la ausencia de verificación crítica por parte de los informadores de las declaraciones públicas) es el más indicativo y significativo para ejemplificar uno de esos casos de buen periodismo de investigación. Cuatro años más tarde de aquella rueda de prensa del senador McCarthy, precisamente en una época en la que hacía tiempo que ya no había *muckrackers* y aún faltaban bastantes años para el «Watergate», el periodista de televisión Edward Morrow presentó un trabajo de investigación impecable. Su denuncia documentada y minuciosamente elaborada y contextualizada de las «mentiras», «medias verdades», «inconsistencias» y «distorciones» del célebre personaje, en el reportaje emitido por la CBS la noche del 9 de marzo de 1954, dentro del espacio de reportajes audiovisuales *See it now*, puso la verdad en su sitio y produjo una reacción popular e institucional hacia la sensatez y, por ende, hacia la caída de McCarthy tres años más tarde.

La documentación, el trabajo en los archivos, la verificación... Junto al empleo de los métodos sociológicos y estadísticos pertinentes para desentrañar las causas, las consecuencias, las tendencias de acontecimientos sociales que escapan inexorablemente a la tosca mirada del periodismo objetivista, están en la base de lo que su primer y principal teórico, Philip Meyer, por sugerencia de Everette Dennis, denominó en 1973 *Precision Journalism*, **Periodismo de precisión**.

De ahí que su principal estudioso en lengua española, José Luis Dader, haya escrito al comienzo de su obra básica sobre esta corriente que

frente al irreflexivo hiperactivismo de muchos periodistas, seguros de rozar la gran noticia corriendo de una rueda de prensa a otra, o la exclusiva sensacional a partir de una cita confidencial y la celérica aparición en el lugar exacto «donde están sucediendo los hechos», el presente trabajo pretende ilustrar la hipótesis de que *la noticia bomba duerme a menudo en los archivos, en los silenciosos listados de una base de datos o en las frías y cabalísticas anotaciones estadísticas de una investigación sociológica*. Sólo que hacen falta unos conocimientos técnicos y metodológicos para aprender a ver —o mirar de otra manera—, lo que se oculta delante mismo de nuestras narices.

Con esa mirada y esa preparación, y con la ayuda del avance tecnológico que ha permitido pasar de los archivos en papel o en microfilm a las bases de datos electrónicas y a la información documental accesible casi al instante, se pueden descubrir informaciones útiles des-



conocidas para el público, verificar muchas declaraciones de personajes públicos, descubrir conexiones entre ideas y acontecimientos y entre éstos entre sí, observar tendencias sociales...

Esta estrategia informativa es, por tanto, enormemente prometedora. Sin embargo, aunque ha producido en Norteamérica excelentes informaciones (algunas de ellas ganadoras del Pulitzer), junto a otras en las que inevitablemente viene a la cabeza aquello de «mucho ruido y pocas nueces», y es aún una corriente con cierto vigor en el Periodismo de aquel país, no ha tenido apenas aceptación en otras latitudes, debido a una mezcla de factores fáciles de deducir...

Esos mismos factores, con determinados matices, son los que también han incidido en la progresiva decadencia del periodismo creativo...

## 7. El periodismo creativo

Los tipos de periodismo o corrientes periodísticas analizadas hasta ahora hacían hincapié en la mirada sobre la realidad, en su conocimiento más profundo y cabal. Una, la más antigua, por no haberse infeccionado del posterior y potentísimo virus positivista, otras por reacción ante sus graves daños. Lo mismo ha sucedido respecto a la expresión de esa mirada, esto es, en relación con los modos de comunicar.

También, desde los orígenes del Periodismo moderno hasta nuestros días, se han ido creando unos modos de comunicar que no tienen nada que ver con la imposición dictatorial del lenguaje objetivo, informan de modo personal y escriben bajo fórmulas expresivas más libres y creativas. En este modo informativo se insertan los literatos-periodistas de ayer y de hoy. Y también hubo una corriente periodística que surgió como reacción al periodismo objetivista: el «Nuevo Periodismo» que surge en la década de 1960 en Norteamérica y que aún perdura con influencias en otros países.

Explicaremos brevemente las dos.

### 7.1. LITERATOS-PERIODISTAS/PERIODISTAS-LITERATOS

Un somero repaso a la historia de la prensa periódica muestra que son casos excepcionales los literatos que no han escrito en ella, aunque tan sólo fuese esporádicamente. No todos, sin embargo, lo han hecho sobre cuestiones de actualidad que afectan al interés general. Y de los que sí se pueden considerar periodistas, tampoco todos lo han sido de una manera más o menos regular. De modo que el campo se limita a un selecto grupo, del que cabe destacar, como botón de muestra, siguiendo un orden cronológico, y ciñéndonos exclusivamente a los ya fallecidos, a Larra, Dickens, Alarcón, Baroja, Azorín, Mauriac y Fernández Flórez.

Como es bien sabido, Larra, a partir de 1827, año en que fundó *El Duende Satírico*, se dedicó casi exclusivamente al periodismo. Bajo los seudónimos de «El Duende Solitario», «El Pobrecito hablador» y, ya en la *Revista Española* a partir de 1833, el de «*Fígaro*», escribió cientos de artículos de crítica literaria, teatral y política y, sobre todo, de crítica social o artículos de costumbres. En la mayoría de ellos informa e interpreta los temas candentes de la sociedad de la época, bajo estructuras narrativas libres y mixtas y sirviéndose de recursos expresivos y retóricos abundantes.

Un caso similar y coetáneo (aunque más duradero) al de Larra es el de Charles Dickens en Inglaterra. A los veinte años, es decir, en 1832, entraba en el diario *The Time Sun* y dos

años más tarde pasaba al periódico liberal *The Morning Chronicle*, donde fue cronista parlamentario y enviado a distintas regiones para cubrir discursos políticos. En 1835 fue invitado a colaborar en *The Evening Chronicle* con una serie de artículos costumbristas sobre Londres: *Sketches of London*. Gran parte de esos artículos, junto con algunos que escribió en el *Monthly Magazine*, constituyen el contenido de su primer libro: *Sketches by Boz*. También publicó el resto de sus novelas por entregas o series en diversas revistas de su tiempo. Además de poner de relieve que, como Larra, Dickens informa e interpreta magistralmente la sociedad de su tiempo, debido a su talento y a su capacidad de observación, es digno de mencionar su afán por documentarse en los propios archivos de los periódicos.

Pedro Antonio de Alarcón fundó hacia 1845, en colaboración con E. Tárrago, el *Eco de Occidente*, periódico de escasa significación que fue sustituido años después por *El Látigo*, diario antimonárquico de fuerte sabor revolucionario, donde ejerció un periodismo político, beligerante y crítico, igual que en *La Redención*, por él fundada, ejemplo de periodismo incendiario. Pero lo que le convierte en un gran periodista son sus crónicas de guerra. De hecho, se le considera el primer gran cronista de guerra español. Sus relatos sobre la campaña africana de 1859-1860, aparecidos en diversos periódicos (*El Occidente*, *La Discusión*, *El Correo de Ultramar*, entre otros), que fueron más tarde reunidos en *Diario de un testigo de la guerra de África*, son muy distintos a las crónicas «informativas» actuales, pero «dicen» más que éstas sobre muchos aspectos vitales, ambientales y del espíritu de esos hombres y acontecimientos.

Periodista ya en su primera juventud —trabajó en el *Ideal*, *La Justicia*, *El Globo*, *El Liberal* y *El País*—, corresponsal en Marruecos, Londres y París, Pío Baroja fue también un excelente autor de reportajes. Los que publicó en la revista madrileña *Estampa* sobre la ruta del general Gómez por los caminos de España se consideran un ejemplo de Periodismo literario. El reportaje sobre la expedición de Gómez lo inició Baroja al cumplirse el centenario de aquella aventura militar, iniciada por el caudillo carlista el 25 de junio de 1836. A lo largo de su trabajo, que se publicó en pequeños capítulos con abundante complemento de información gráfica, Baroja se sitúa sobre los caminos que conocieron, cien años antes, las huestes carlistas. Adoptando la misma técnica que Stendhal aconsejaba para la novela, «sitúa sus propios ojos, como espejos veraces» sobre el camino. Parte de Amurrio y sigue, pueblo tras pueblo, la larga ruta que eligió el general. A un siglo de los hechos que va a rememorar, quiere el dato vivo, la tradición oral de los sucesos, la versión sobre el terreno, la atmósfera local, la gracia espontánea que el pueblo pone en el relato. Aspira a galvanizar el pasado dándole una forma de vehemente actualidad periodística, al enlazar los hechos de cien años atrás con los planteamientos y aspiraciones vitales del presente. Informa de la situación cultural, social y política de la época. Su oficio novelístico irrumpe en la prosa urgente del reportaje enriqueciendo su calidad periodística y haciéndolo más sugestivo al lector.

Contemporáneo y amigo de don Pío, Azorín fue durante muchos años periodista profesional. Comenzó publicando artículos en el *Pueblo* de Valencia, editado por Blasco Ibáñez, en *El Mercantil Valenciano* y en los semanarios de Monóvar *El pueblo* y *El Eco Monovero*. Ya en Madrid, a partir de 1895, escribe sucesivamente en *El País*, *El Progreso*, *El Globo*, *España*, *El Imparcial* y *ABC*. Colaborando también con *El Sol*, *La Vanguardia*, *El Pueblo Vasco* y *La Prensa* de Buenos Aires. Fue entrevistador, «reportero», crítico literario, cronista parlamentario y crítico de teatro. Cada una de estas facetas merece un estudio detenido que no es momento de realizar. Sin embargo, merece la pena resaltar que sus «Impresiones Parlamentarias», publicadas entre 1904 y 1916, primero en *España* y después en *ABC*, constituyen

piezas maestras de descripción irónica del ambiente y entresijos del Parlamento, que han influido notablemente en otros cronistas creativos posteriores. También sus entrevistas a personalidades de Cataluña, publicadas en *ABC* a partir de 1906, representan uno de los paradigmas que se han seguido posteriormente.

En Francia, entre las décadas de 1930 a 1960, ha tenido gran influencia la labor periodística de François Mauriac, principalmente a través de los BLOC-NOTES publicados en el semanario *L'Express* y posteriormente en *Le Figaro Littéraire*. Puede afirmarse que estos BLOC-NOTES han configurado un género nuevo que sigue vigente en la prensa francesa actual y que ha traspasado sus fronteras. Se trata de reflexiones íntimas, breves, polémicas, sobre temas político-sociales-religiosos, en las que el lector se ve apelado con recursos propios de un texto literario, y en una situación de lectura propia de un texto periodístico.

Contemporáneo de Azorín y Mauriac, pero más cercano en el espacio, Wenceslao Fernández Flórez es otra figura señera del periodismo creativo. Comienza a trabajar siendo un adolescente en los diarios gallegos *La Mañana*, *Heraldo de Galicia*, *Tierra Gallega*, *Diario de Galicia* (donde ejerció el cargo de director con sólo 18 años), *Noroeste* y *La Defensa*. Desde Galicia envía colaboraciones a diarios de Madrid y Barcelona. Hacia 1910 se traslada a la capital del Estado donde, tras colaborar o trabajar en *El Liberal*, *Blanco y Negro*, *El Parlamentario*, *La Ilustración Española y Americana* y *El Imparcial*, acaba recalando en *ABC*, en 1916, recomendado por Azorín para que fuese su sucesor como cronista parlamentario. Sus «Acotaciones de un oyente» sorprendieron pronto a los lectores por el modo incisivo de penetrar en el mundo de la política. Según el acertado análisis de Rosa M. Echeverría,

el ciudadano que nunca había tenido la oportunidad de asistir a las sesiones, descubre en estas crónicas la posibilidad de contemplar a los personajes políticos como si él mismo los estuviera observando desde la Tribuna de prensa del Congreso. El cronista, con una técnica visual que se podría calificar de cinematográfica, presenta a cada uno de los políticos con sus rasgos más sobresalientes, con sus gestos, con sus movimientos más característicos, con sus íntimos defectos, con sus ridículas manías, en un sorprendente retrato lleno de vida, situando a los personajes en circunstancias esperpénticas, donde la escena política recuerda la amalgama onírica de un cuadro del Bosco, presentada a veces con una fría ironía o con una patética ternura. Su pluma penetra como un bisturí en los resortes profundos de las pasiones humanas hasta mostrar a los políticos más prestigiosos del país en la desnuda dimensión de su personalidad.

Además de sus crónicas parlamentarias, Fernández Flórez trató de modo originalísimo acerca de otros ámbitos: crónicas de viajes, de toros, de fútbol, de teatro... En todas ellas, mezcla recursos estilísticos variadísimos y utiliza dos elementos básicos: el humor concebido en estrecha vinculación con la ternura, y el espíritu crítico.

Otros grandes escritores como Balzac, Blasco Ibáñez, Josep Pla, García Márquez, y un largo etcétera merecerían ser destacados como periodistas literarios o creativos, mas basta este botón de muestra para entender en sus justos términos este modo de tratamiento informativo.

## 7.2. EL «NUEVO PERIODISMO»

Otra de las corrientes que se enmarcan dentro del Periodismo creativo es la que se ha denominado **Nuevo periodismo**, movimiento surgido en Norteamérica en la década de 1960.

Pues bien, parece claro que este movimiento surgió como una reacción a la rigidez, a las limitaciones lingüísticas y estilísticas, al encorsetamiento formal propio del objetivismo. Para sus mentores, el periodismo convencional carecía de expresividad y era monolítico y aburrido. Además, pensaban que era posible escribir artículos muy fieles a la realidad empleando técnicas habitualmente propias de la novela y el cuento: que en un artículo periodístico se podía recurrir a cualquier artificio literario... Tom Wolfe, en el prólogo de *El nuevo periodismo*, explica los rasgos formales que caracterizan tal corriente y la diferencian de otros modos de tratamiento periodístico con las siguientes palabras:

Los nuevos periodistas —paraperiodistas— tenían todos los años sesenta locos de Norteamérica, obscenos, tumultuosos, mau-mau, empapados de droga, rezumantes de concupiscencia, para ellos solos.

De esta forma fueron tan amables (los novelistas) como para abandonar a nuestros muchachos en pequeño y bonito cuerpo de material: el conjunto de la sociedad norteamericana, en realidad [...]. A base de tanteo, de «instinto» más que de teoría, los periodistas comenzaron a descubrir los procedimientos que conferían a la novela realista su fuerza única, variablemente conocida como «inmediatez», como «realidad concreta», como «comunicación emotiva», así como su capacidad para «apasionar» o «absorber».

Esta fuerza extraordinaria se derivaba principalmente de sólo cuatro procedimientos, según descubrieron. El fundamental era la construcción escena-por-escena, contando la historia saltando de una historia a otra y recurriendo lo menos posible a la mera narración histórica [...]. Y registrar el diálogo en su totalidad [...]. El diálogo realista capta al lector de forma más completa que cualquier otro procedimiento individual [...].

El tercer procedimiento era el, por llamarlo así, «punto de vista en tercera persona», la técnica de presentar cada escena al lector a través de los ojos de un personaje particular, para dar al lector la impresión de estar metido en la piel del personaje y de experimentar la realidad emotiva de la escena tal como él la está experimentando [...].

El cuarto procedimiento consiste en la relación de gestos cotidianos, hábitos, modales, costumbres, estilos de mobiliario, de vestir, de decoración, estilos de viajar, de comer, de llevar la casa, modos de comportamiento frente a los niños, criados, superiores, inferiores, iguales, además de las diversas apariencias, miradas, poses, estilos de andar y otros detalles simbólicos que pueden existir en el interior de una escena [...]. La relación de tales detalles no es meramente un modo de adornar la prosa. Se halla tan cerca del núcleo de la fuerza del realismo como cualquier otro procedimiento en la literatura.

Aunque éstos sean los procedimientos más importantes cabe añadir a esta explicación de Wolfe que: *a)* en la práctica, los nuevos periodistas no se limitan a usar la técnica del punto de vista en tercera persona, sino que usan indistintamente cualquiera de los procedimientos narrativos codificados por la literatura; *b)* los productos nuevo-periodísticos se caracterizan por la sorprendente, abigarrada y aparentemente indiscriminada utilización de múltiples recursos expresivos tomados de aquí y de allá: de la novela realista y naturalista del siglo XIX, del periodismo convencional, del arte dramático, del cuento y del relato corto; *c)* el campo temático tratado es, paradójicamente, reducido. No reflejan toda la sociedad, como algunos pretendían, sino fundamentalmente aquellos aspectos no recogidos por la prensa convencional; *d)* en la práctica, se dirigen a un público de cultura universitaria, joven, con los que se ha establecido un «pacto de lectura». Fuera de ese entorno sociológico, no han llegado al público en general. Entre otras razones, porque en la mayor parte de los textos «nuevoperiodísticos» es tal el predominio de los aspectos formales que el contenido queda

difuminado y oscurecido, con lo que se traiciona el supuesto fundamental de la comunicabilidad.

Cabe añadir que, además de esta reacción contra las rígidas fórmulas expresivas del objetivismo, la corriente que algunos autores denominan «fenomenológica cultural», puso en duda también los supuestos en que se basaba ese periodismo convencional: neutralidad, imparcialidad, asepsia, etc., y se enfrentaron a la connivencia —a veces oculta— con fuentes oficiales y, en definitiva, a los poderes constituidos. Pero cargaron excesivamente la tinta en la subjetividad. Por lo que, si bien le sobraban razones para buscar otros modelos, les faltó a la mayor parte de los «nuevo-periodistas» la medida y el equilibrio necesarios para no irse al otro extremo. Salvo unas decenas de excelentes muestras de buen periodismo informativo-creativo, con el «Nuevo periodismo» se pasó —sin solución de continuidad— de una mera descripción superficial y fragmentaria de la realidad a narraciones hiperbólicas cuasi-oníricas; de los relatos «asépticos» a un periodismo de constante denuncia sistemática y cruel; de unas fórmulas únicas y rígidas a una mezcla abigarrada de recursos estilísticos variados; de un ocultamiento del informador a una presencia excesiva del mismo.

Por si fuera poco, varios «nuevo-periodistas» presentaron personajes y diálogos inventados —de ficción— como si fuesen reales, por lo que rompieron el pacto de lectura entre periodista y lector, desprestigiando, de paso, al movimiento entero.

En definitiva, este movimiento, si bien ha supuesto un grito crítico ante los defectos del objetivismo y las carencias de la interpretación, y ha servido como acicate para un replanteamiento de la naturaleza narrativa del periodismo, no da tampoco cuenta razonada de los acontecimientos humanos actuales según los intereses de los destinatarios, ni soluciona la dialéctica objetividad-subjetividad por inclinar todo el fiel de la balanza hacia este extremo y hacia los aspectos formales.

Ese equilibrio sí se encuentra, gracias a Dios, en algunos columnistas y entrevistadores contemporáneos, que son modelos de buen periodismo al cumplir de modo sobresaliente todos o casi todos los requisitos que vimos en el capítulo correspondiente. Todos han realizado magníficas *síntesis significativas de un saber al servicio de la sociedad*.

## 8. Algunos columnistas y entrevistadores contemporáneos

Tradicionalmente, y por mor de esa distinción radical entre «hechos y opiniones», entre «géneros informativos y géneros de opinión», entre «periodismo objetivo y periodismo subjetivo», automáticamente identificamos el columnismo como un género de opinión, de «solicitud de la adhesión» o de persuasión. Y esto no sólo en los autores que podríamos denominar «clásicos» de la **Redacción Periodística**, sino también en textos recientes. Si bien, lógicamente, los autores que desde hace unos años se han percatado de lo inadecuado de aquellas distinciones, van por otro camino, e incluso, en algunos de los «clásicos» se observan ciertas matizaciones indirectas o titubeos respecto a esquemas anteriores.

No cabe, aquí y ahora, entrar en el debate sobre la redefinición de los géneros periodísticos. Pero sí, llegados a este punto, podemos acordar: *a)* que toda elaboración textual —ya sea una noticia, un reportaje, una columna analítica o un editorial— implica necesariamente una valoración subjetiva; *b)* que la noticia pretendidamente «objetiva, neutral, imparcial, aseptica, no intencionada» es, de por sí, retórica, ya que, entre otros factores, con ella se nos está diciendo implícitamente «esto que aquí se dice es verdad», o incluso «la verdad sobre

este asunto»: *c*) que muchas noticias no son más que una recogida de una o varias opiniones y que, por contra, toda argumentación sólida se basa sobre unos hechos y trata de unos hechos; *d*) que las causas, relaciones y consecuencias de unos acontecimientos son también reales y que muchas realidades significativas y el significado de muchas realidades no se pueden conocer sin documentación y sin reflexión; *e*) que los modos de exponer las diversas realidades deben ser también diversos; *f*) que hay muchos grados de intencionalidad: que... Podemos afirmar, al menos, que esa redefinición debe ser hecha y que, cuando nos referimos a los buenos columnistas, estamos hablando de información periodística.

De hecho, y desde un punto de vista meramente «empírico» cualquier lector medianamente inteligente puede comprobar —y sabe ya— que se puede obtener mayor y mejor información de las columnas diarias o semanales de Raymond Aron —ya desaparecido—, Georges Sufferf, J. F. Revel, George F. Will, el recientemente fallecido Indro Montanelli, y un largo etcétera, que de los millones de noticias «objetivas» que aparecen diariamente. Mas la demostración «científica» de una observación tal requeriría una serie de trabajos exhaustivos que no podemos realizar en estos momentos, si bien merece la pena hacer en el futuro.

Hasta que no se realicen, pueden valer —tomados en sus justos términos— los resultados de mi experiencia profesional como responsable de un Servicio de Documentación Periodística de una Facultad de Ciencias de la Información. Durante una docena de años, junto con unos excelentes colaboradores —la mayoría, actualmente, son profesores universitarios o jefes de servicios de documentación de medios importantes— nos hemos dedicado a seleccionar y clasificar aquellos textos periodísticos que realmente informaran con rigor, profundidad y claridad sobre temas de interés general; y que, tras 15, 20, o más años, o quizás de modo permanente, sirvieran para dar cuenta cabal de la historia cotidiana, de lo que ha pasado y por qué en nuestro mundo.

Esa experiencia, por un lado, parece confirmar que la aseveración de John Sommerville acerca de que «el motivo por el que los viejos periódicos y revistas nos resultan a menudo tan pueriles es porque están llenos de ideología en vez de pensamiento», o aquella otra —ya citada en otro contexto— sobre que «la prensa sólo tiene espacio para opiniones o posturas, no para pruebas o argumentos», se puede aplicar **casí por completo** al ámbito de las noticias, crónicas y entrevistas «objetivas» y, **en gran parte**, al espacio del periodismo interpretativo no desgajado de la corriente positivista, al «Nuevo periodismo» y también a la labor de muchos columnistas a los que podría catalogárseles de «opinadores» o transmisores de una ideología. Pero, por otro, que la superficialidad, la insustancialidad y el carácter efímero **no** se pueden **generalizar** a toda la prensa, merced a la existencia de algunas fórmulas informativas diferentes a las «tradicionales» y, sobre todo, a un buen grupo de columnistas, colaboradores asiduos y entrevistadores que sí han procurado pensar sobre las realidades actuales e informar adecuadamente sobre ellas.

Amén de los buenos resultados informativo-explicativos del mejor periodismo interpretativo y también —aunque más escasos, con otros formatos textuales y versando sobre otras realidades— del mejor «Nuevo periodismo», la fórmula informativa normal de los diarios alemanes de calidad —paradigmáticamente la de la *Frankfurter Allgemeine Zeitung*— se diferencia sustancialmente del formato noticioso al que estamos acostumbrados. Sus informaciones diarias —no tantas como en la mayoría de los periódicos— van firmadas por el periodista o el periodista y el documentador conjuntamente. En ellas se observa una labor de análisis de la situación de ese tema, de sus antecedentes y contexto, que desemboca en una síntesis in-

formativo-explicativa, comunicada mediante unos formatos textuales que no siguen en su mayor parte las reglas estrictas de la pirámide invertida.

Otro tanto sucede en bastantes diarios y revistas en los que hay una preponderancia del «periodismo de firma», o no hay ninguna, como en el caso de *The Economist*. En algunos de ellos se han puesto en práctica fórmulas adecuadas para dar razón de las ideas que conducen a algunos acontecimientos, que subyacen en ellos o que forman parte de su naturaleza. Tal es el caso de la fórmula que Bernard Kilgore aplicó desde los años cuarenta en *The Wall Street Journal*. Para Casasús, esta fórmula, «a medida que fue evolucionando, consistió en combinar tesis y antítesis; y su valor residió en hacer que los lectores centraran la atención en los méritos de un argumento y no en los detalles más relevantes de un hecho completo. Vista así, la "fórmula Kilgore" era una perfecta **antipirámide invertida**. El típico relato del *Journal* se inicia con una tesis sobre el asunto. Luego vienen los datos: dos o tres párrafos de ejemplos, estadísticas o citas de personas informadas. Después viene la antítesis, el contraste o los argumentos contrarios. Se llega al final con nuevos elementos que afinan la tesis original y que exploran sus consecuencias más complejas, ramificadas y más amplias».

Pero lo que ha **quedado** tras esa selección rigurosa, lo que fundamentalmente **permanece** como información que da cuenta cabal de los acontecimientos, personas e ideas que han conformado nuestra historia reciente, es, sobre todo, la producción periodística de una serie de columnistas, ensayistas y entrevistadores. Ciñéndonos a nuestro ámbito geográfico-cultural más próximo, y acotando el período comprendido entre los años 79 al 81, lo que aún sirve de la prensa diaria o semanal de interés general es:

a) Una serie bastante amplia de artículos de análisis de Raymond Aron, Luka Brajnovic, Georges Sufferf, Jean François Revel e Indro Montanelli. En su momento sirvieron para que los lectores pudieran entender lo que el cúmulo de noticias sobre el desarme, las relaciones Este-Oeste, el terrorismo internacional, los movimientos ideológicos, la construcción de la CEE... no podían hacer inteligible. Dieron las pautas y criterios para valorar su importancia y aportaron reflexiones sobre sus consecuencias, interés y significado. Tras una docena de años, esos artículos son útiles para cualquier historiador contemporáneo y para el informador que quiera dar razón de los antecedentes y las causas de nuestra actual situación.

b) Una serie menos extensa, pero también significativa, de otros columnistas de análisis tales como Carles Sentís en *La Vanguardia*, Annie Kriegel en *Le Figaro*, Olivier Todd en *L'Express* y Olivier Chevrillon en *Le Point*. Como los anteriores, no sólo dieron pautas para entender lo que sucedía en nuestro mundo, sino que también informaron de algunos temas que las fuentes noticiosas ocultaban o manipulaban.

c) Una serie de entrevistas a las personalidades que regían los destinos de nuestro mundo que, al no ser un mero espacio para el lucimiento del personaje, donde éstos contestan o no (yéndose por las ramas del árbol que más les gusta) a las preguntas más o menos interesantes que se le hacen, sin réplica por parte del entrevistador, sino un vehículo para desvelar la personalidad del entrevistado, los motivos e ideas que inspiran su conducta, sus contradicciones o sus incoherencias, y, por tanto, un diálogo —a veces un combate dialéctico— en el que el entrevistador, merced a su documentación previa sobre el entrevistado y su mundo, a su estudio analítico y descriptivo, puede situarse en un contexto que lo haga posible, sirvieron y siguen siendo útiles para entender nuestro mundo. En este sentido, destacan poderosamente las entrevistas de la periodista italiana Oriana Fallaci. En nuestro país y en varios paí-

ses hispanoamericanos hay también un grupo de periodistas que, unas veces con más fortuna y otras con menos, realizaron y siguen realizando un cometido similar.

d) Un buen ramillete de buenos ensayos de intelectuales (historiadores, filósofos, pensadores en general) que han escrito más o menos asiduamente en las secciones de «pensamiento» de los diarios de calidad. En *Le Monde* y *Le Figaro* se encuentran excelentes ejemplos. En nuestro país, destacan en estos años las aportaciones de Antonio Garrigues Díaz-Cañabate en *ABC* y *La Vanguardia*, las de Claudio Sánchez Albornoz en este último diario y las de Julián Marías en distintos medios. No puede entenderse el significado profundo de determinadas actitudes y situaciones sociales cristalizadas, en su adecuado contexto histórico e ideológico, sin contar con estas reflexiones.

e) Un centenar de columnas o crónicas formada por la suma de las mejores aportaciones de una treintena de otros columnistas y corresponsales.

Veinte años más tarde, el estado de la información periodística que cumple cabalmente los requisitos de su naturaleza y finalidad sigue en las «teclas» de un selecto grupo de excelentes divulgadores, columnistas, entrevistadores y corresponsales, así como de varios equipos informativos anónimos. Sin embargo, como algunos de los mencionados particularmente o en general ya están en la otra vida o se han retirado, y otros pocos, por las razones que sean, se han convertido en opinadores o en escritores de libros de gran tirada, y no ha habido un relevo generacional... Los oasis informativos son cada vez menos en comparación con los grandes desiertos de la desinformación y de la manipulación.

Menos mal que han surgido unos pocos medios alternativos...

## 9. Algunos medios alternativos recientes

Frente a ese chaparrón diario de noticias políticas, y completando la labor de los mejores semanarios interpretativos y de análisis, hay algunas publicaciones mensuales que, aunque daten de hace unas décadas, han adquirido en nuestros días un mayor valor porque estudian y exponen con mayor rigor y profundidad, con una acendrada selección y documentación, los grandes temas políticos, culturales y sociales de nuestros días. Desde una perspectiva ilustrada y racionalista inteligente, cabe destacar a *Le Monde Diplomatique*. Bajo un trasfondo humanista cristiano, a la revista *Nuestro Tiempo*.

También desde hace unas décadas, los servicios semanales de **ACEPRENSA** (cuatro servicios de cuatro páginas cada siete días, recibidos por suscripción) aportan análisis profundos e inteligentes sobre las tendencias culturales y sociales desde una perspectiva de saber y de servicio muy políticamente incorrecta. Además, sus secciones de crítica cinematográfica y literaria, y la selección (y traducción al castellano cuando se requiere) de los mejores artículos aparecidos en la prensa mundial son de un inestimable valor.

Como lo son también los pocos, breves y certeros análisis diarios del trasfondo y consecuencias sociales de algunos acontecimientos y decisiones del ámbito empresarial, legal, político y mediático que realiza diariamente el periodista y humanista Eulogio López en **Hispanidad.com**, el primer diario electrónico español en el orden cronológico, y quizás también el más políticamente incorrecto tanto en el fondo como en la forma.

Desde hace un año, hay otro medio electrónico que, desde una instancia universitaria, desde una perspectiva científica y ética, realiza un análisis semanal de alguna tendencia o co-



riente dentro de los medios de comunicación y de su recepción social. Es un periodismo minoritario de gran altura acerca de la comunicación y el periodismo mayoritario y, a veces, basura. Se trata del boletín semanal de Medi@View, denominado *Observatorio de la Comunicación*, que realiza desde Buenos Aires el profesor Carlos Álvarez.

Volviendo a España, cabe reseñar por último la experiencia pionera del *Diari de Tarragona* en orden a hacer verdaderamente real y operativo ese diálogo sobre los textos informativos entre periodistas y ciudadanos en que consiste la verdadera información periodística. Desde hace pocos meses, los periodistas de este diario local de gran prestigio dedican parte de su tiempo a contestar vía Internet las preguntas, dudas u objeciones de los lectores. Algunos de estos diálogos sirven para mejorar el contenido del propio diario en papel y señalan las verdaderas inquietudes de los ciudadanos, aunque no se enmarque en la corriente del *Public Journalism* o *Periodismo Cívico*, que es una nueva tendencia periodística norteamericana, basada en cierto modo en la filosofía comunitarista y cívica, que pretende que los medios y los periodistas formen parte verdaderamente del entramado social y no sean «agentes extrínsecos»; que haya un verdadero diálogo público en la que periodistas y ciudadanos estén en el mismo carro y propongan una «agenda-setting» que responda verdaderamente a los intereses de la comunidad; que los medios sirvan verdaderamente para fomentar la participación ciudadana en los asuntos públicos necesaria para la viabilidad de una auténtica democracia.

## Bibliografía

Salvo aquellos aspectos que obedecen a un análisis directo de los propios medios, tanto históricos como actuales, todas las citas y referencias contenidas en este capítulo pueden encontrarse en varios libros que han sintetizado previamente los diversos puntos aquí tratados y exponen la bibliografía pertinente. Así:

Para el estudio pormenorizado de los ejemplos históricos del periodismo documentado y la incidencia de la documentación en las diversas fórmulas y tipos de periodismo, véase: Gabriel Galdón: *Perfil histórico de la documentación en la prensa de información general (1845-1984)*. Pamplona, 1999 (3.ª ed.).

Para el origen, desarrollo y calidad informativa del periodismo creativo, cfr: Gabriel Galdón: *Desinformación. Método, aspectos y soluciones*. Pamplona, 2001 (3.ª ed.).

En orden al análisis histórico y conceptual, y a la situación actual y prospectiva de futuro del periodismo de precisión, véase: José Luis Dader: *Periodismo de precisión. Vía socioinformática de descubrir noticias*. Madrid, 1997.

Para eso mismo, pero referido al *public journalism* o periodismo cívico, véase: Carlos Álvarez Teijeiro: *Fundamentos teóricos del Public Journalism. Exposición y crítica*. Buenos Aires, 1999.